

LA ARAUCANA.

Las lanzas le enderezan al costado ,
Y sobre la cabeza aparejadas
Le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta ,
Cualquier secreto piensa que es negarle ;
Si el brazo mueve alguno y lo levanta ,
Piensa el triste que fué para matarle ;
La sogá arrastra , el lazo á la garganta ;
¿Qué confianza puede asegurarle?
Pues mal el que negar al rey procura
Tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados
Tan presto , y que ninguno permanece ,
Y los rollos y términos poblados
De quien tan justamente lo merece ,
Bandos, casas , linajes estragados
Con nombre que los mancha y escurece :
Baste la obligacion con que nacemos ,
Que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
Del discurso y materia que seguía ;
Pero aunque vaya ciego discurriendo
Por caminos mas ásperos sin guía ,
Del encendido Marte el són horrendo
Me hará que atine á la derecha vía.
Y así seguro destó y confiado
Me atrevo á reposar , que estoy cansado.

CANTO XIII.

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Perú , llegan mensajeros de Chile á pedir socorro ; el cual vista ser su demanda importante y justa , se le envía grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagran guiado por un indio viene sobre Lautaro .

Dichoso con razon puede llamarse
Aquel que en los peligros arrojado ,
Dellos sabe salir sin ensuciarse
Y libre de poder ser imputado :
Pero quien destos puede desviarse
Le tengo por mas bienaventurado ;
Aunque el peligro afina lo perfeto ,
Aquel que dél se aparta es el discreto.

Que muchas veces da la fantasia
En cosas que seguro nos promete ,
Y un ánimo á salir con ellas cria
Que con temeridad las acomete ;
Despues en el peligro desvaria ,
Y no acierta á salir de á do se mete :
Que la señora al siervo sometida
Pierde la fuerza y tino á la salida

Vereis en el Perú , que han procurado
Levantar el tirano y ayudarle ,
Para solo mostrar despues de alzado
La traidora lealtad en derribarle ;
Y con designio y ánimo dañado
Le dan fuerza , y despues viene á matarle
La espada infiel de la maldad autora,
Al rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra , atizan disensiones
En hábito leal , aunque engañoso,

Pensando de subir mas escalones
 Por un áspero atajo y tropezoso:
 Al cabo las malvadas intenciones
 Vienen á fin tan malo y afrentoso
 Como vereis, si bien mirais la guerra
 Civil y alteraciones desta tierra.

Deshechos pues del todo los ñublados
 Por el audaz marqués y su prudencia,
 Curando con rigor los alterados,
 Como quien entendió bien la dolencia,
 En nombre de su rey á otros tocados
 De aquel olor descubre la clemencia,
 Que hasta allí del rigor cubierta estaba,
 Con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso
 En el Perú jamás acontecido,
 Ni el ejemplar castigo riguroso
 Que amansó el fiero pueblo embravecido,
 Fué en tal tiempo bastante y poderoso
 De ensordecer el bárbaro ruido,
 Y la voz araucana y clara fama
 Que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
 Del daño y perdicion de nuestra gente,
 Por las vitorias grandes y jornadas
 Del araucano bárbaro potente:
 Pidiendo las ciudades apretadas
 Presuroso socorro y suficiente,
 Haciendo relacion de cómo estaban,
 Y de todas las cosas que pasaban.

Jerónimo Alderete, adelantado,
 A quien era el gobierno cometido,
 Hombre en estas provincias señalado,
 Y en gran figura y crédito tenido;
 Donde como animoso y buen soldado
 Habia grandes trabajos padecido;
 No pongo su proceso en esta historia,
 Que dél la general hará memoria.

Presente no se halla á tanta guerra,
 Y á tales desventuras y contrastes;
 Mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,
 Cuando la Fe de nuevo allí plantastes,
 Allí le distes cargo de esta tierra,

De allí con gran favor le despachastes;
 Pero cortóle el áspero destino
 El hilo de la vida en el camino.

Fué su llorada muerte asaz sentida,
 Y mas el sentimiento acrecentaba
 Ver el gobierno y tierra tan perdida,
 Que cada uno por sí se gobernaba:
 Andaba la discordia ya encendida;
 La ambicion del mandar se desmandaba:
 Al fin es imposible que acaezca
 Que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habian venido
 A pedir el socorro necesario,
 Viendo á su adelantado fallecido
 Y todo á su propósito contrario,
 Con un semblante triste y afligido,
 De parecer de todos voluntario,
 Piden á don Hurtado que se vea,
 Y de remedio presto los provea.

Diciendo: « Varon claro y excelente,
 Nuestra necesidad te es manifiesta,
 Y la fuerza del bárbaro potente
 Que tiene á Chile en tanto estrecho puesta:
 El mas fuerte remedio es llevar gente;
 Esta ya puedes ver cuán cara cuesta:
 De parte de tu rey te requerimos,
 Nos concedas aqui lo que pedimos.

« A tu hijo, ó marqués, te demandamos,
 En quien tanta virtud y gracia cabe,
 Porque con su persona confiamos
 Que nuestra desventura y mal se acabe:
 De sus partes, señor, nos contentamos,
 Pues que por natural cosa se sabe,
 Y aun acá en el comun es habla vieja,
 Que nunca del leon nació la oveja.

« Y pues hay tanta falta de guerreros,
 Haciendo esta jornada don García,
 Se moverá el comun y caballeros
 Alegres de llevar tan buena guia:
 Y lo que no podrán muchos dineros,
 Podrá el amor y buena compañía,
 O la vergüenza y miedo de enojarte,
 O su propio interés en agradarte. »

El marqués de Cañete respondiendo
A la justa demanda alegremente,
Vino en ello de grado, conociendo
Ser cosa necesaria y conveniente ;
Y el hijo , hacienda y deudos ofreciendo,
Al punto derramó en toda la gente
Gran gana de pasar á aquella tierra ,
A ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí , y otro se ofrece ;
Asi gran gente en número se mueve,
Y aquel que no lo hace , le parece
Que falta y no responde á lo que debe :
Hasta en cansados viejos reverdece
El ardor juvenil , y se remueve
El flaco humor y sangre casi helada
Con el alegre són desta jornada.

¡ Oh valientes soldados araucanos !
Las armas prevenid y corazones,
Y el usado valor de vuestras manos
Temido en las antárticas regiones ;
Que gran copia de jóvenes lozanos
Descoge en vuestro daño sus pendones,
Pensando entrar por toda vuestra tierra
Haciendo fiero estrago y cruda guerra.

No con los hierros botos y mohosos
De los que las paredes hermocean,
Ni brazos del torpe ocio perezosos,
Que con gran pesadumbre se rodean,
Ni los ánimos hechos á reposos,
Que cualquiera mudanza en que se vean
Los altera , los turba y entorpece,
Y el desusado són los desvanece :

Mas hierros templadisimos y agudos
En sangre de tiranos afilados ,
Fuertes brazos , robustos y membrudos,
En dar golpes de muerte ejercitados ;
Ánimos libres de temor desnudos ,
En los peligros siempre habituados ,
Que el són horrendo que á otros atormenta
Los alegra , despierta y alimenta.

Cosa destas , yo pienso que ninguna
Os puede derribar de vuestro estado ;
Mas tiéneme dudoso sola una ,

Que nadie della ha sido reservado :
Esta es la usada vuelta de fortuna
Que siempre alegre rostro os ha mostrado ,
Y es inconstante , falsa y variable,
En el mal firme y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura ,
Haciendo de su espada ufana muestra ,
Querriale preguntar , ¿ si por ventura
Corta por mas lugares que la vuestra ?
Si la fuerza del brazo le asegura
Del poder vuestro y vencedora diestra ,
Verá , si mira bien en lo pasado ,
El campo de sus huesos ocupado.

No sé ; pero soberbio y encendido
En hélico furor el pueblo veo ,
Y al mas triste español apercebido
De armas , rico aparato y buen deseo.
¡ Oh Arauco ! yo te juzgo por perdido.
Si las obras igualan al arreo ,
Y no templa el camino esta braveza ,
¡ Ay de tu presuncion y fortaleza !

Del apartado Quito se movieron
Gentes para hallarse en esta guerra ;
De Loja , Piura , de Jaen salieron ,
De Trujillo , de Guánuco y su tierra ;
De Guamanga , Arequipa , concurrieron
Gran copia , y de los pueblos de la sierra ,
La Paz , Cuzco y los Charcas bien armados
Bajaron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra , brama el mar hinchado
Del estruendo , tumultos y rumores ,
Que suenan por el aire alborotado
De pifanos , trompetas y atambores
Contra el rebelde pueblo libertado ,
Amenazando ya sus defensores
Con gruesa y reforzada artillería ,
Que dentro del estado el són se oía.

De aparatos , jaeces , guarniciones
Los gallardos soldados se arreaban ;
Sobrevistas y galas , invenciones
Nuevas y costosisimas sacaban :
Estandartes , enseñas y pendones
Al viento en cada calle tremolaban ;

Vieran sastros y obreros ocupados
 En hechuras, recamos y bordados.
 Con el concurso y junta de guerreros
 El grande estruendo y trápala crecía,
 Y los prestos martillos de herreros
 Formaban dura y áspera armonía;
 El rumor de solícitos armeros
 Todo el ancho contorno ensordecía;
 Los celosos caballos de lozanos
 Relinchando triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada
 Con el nuevo bullicio de la guerra;
 Mas ya de lo importante aparejada,
 Un caudillo salió luego por tierra:
 Llevando copia della encomendada,
 Atravesó á Atacama y la alta sierra,
 Con la desierta costa y despoblados
 De osamenta de bárbaros sembrados.

La gente principal todo aprestado,
 Y reliquias del campo que quedaban,
 Para romper el mar alborotado
 Otra cosa que tiempo no aguardaban;
 Mas viendo el cielo ya desocupado
 Y que las bravas olas aplacaban,
 Con ordenada muestra y rico alarde
 Salieron de los Reyes una tarde.

Yo con ellos también, que en el servicio
 Vuestro empecé y acabaré la vida,
 Que estando en Inglaterra en el oficio
 Que aun la espada no me era permitida,
 Llegó allí la maldad en deservicio
 Vuestro por los de Arauco cometida,
 Y la gran desvergüenza de la gente
 Á la real corona inobediente.

Y con vuestra licencia, en compañía,
 Del nuevo capitán y adelantado,
 Caminé desde Lóndres hasta el día
 Que le dejé en Taboga sepultado;
 De donde con trabajos y porfía
 De la fortuna y vientos arrojado
 Llegué á tiempo que pude juntamente
 Salir con tan lucida y buena gente.

Otro escuadrón de amigos se me olvida

No menos que nosotros necesarios,
 Gente templada, mansa y recogida,
 De frailes, provisos, comisarios,
 Teólogos de honesta y santa vida,
 Franciscos, dominicos, mercenarios,
 Para evitar insultos de la guerra,
 Usados mas allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores
 Sale de Lima una lucida banda,
 Y en el puerto tendidas por las flores
 Estaban mesas llenas de vianda
 Con vino de odoríferos sabores,
 Donde luego por una y otra banda
 Sobre la verde yerba reclinados
 Gustamos los manjares delicados.
 Alegres los estómagos, contentos
 Fuimos á la marina conducidos,
 A do de verdes ramos y ornamentos
 Estaban los bateles prevenidos;
 Y al són de varios y altos instrumentos,
 De los caros amigos despedidos,
 En los ligeros barcos nos metemos,
 Dando á un tiempo con fuerza al mar los remos.

Los bateles de tierra se alargaban,
 Dejando con penosa envidia aquellos
 Que en la arenosa playa se quedaban,
 Sin apartar los ojos jamás dellos:
 Sobre diez galeones arribaban
 Los prestos barcos, y saltando en ellos,
 Tiempo los marineros no perdieron,
 Que las velas al viento descogieron.

De estandartes, banderas, gallardetes
 Estaban las diez naves adornadas,
 Hiriendo el fresco viento en los trinquetes
 Comienzan á moverse sosegadas:
 Suenan cañones, sacres, falconetes;
 Y al doblar de la isleta embarazadas,
 Del Austro cargan á babor la escota,
 Tomando al Sudeste la derrota.

Las naos por el contrario mar rompiendo
 La blanca espuma en torno levantaban,
 Y á la furia del Austro resistiendo
 Por fuerza á su pesar tierra ganaban;

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO REYES
 Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO

Pero sobre el garbino revolviendo
De la gran cordillera se apartaban,
Y de sola una vuelta que viraron
El Guarco, á Lesnordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos
Con Chinca de otro bordo emparejando,
En alta mar tras estos nos metimos
Sobre la Nasca fértil arribando;
Y al esforzado Noto resistimos,
Su furia y bravas olas contrastando,
No bastando los recios movimientos
De dos tan poderosos elementos.

Que haya en Perú, no es caso soberano,
Tanta mudanza en tres leguas de tierra,
Que cuando es en los llanos el verano,
Los montes el lluvioso invierno cierra;
Y cuando espesa niebla cubre el llano
En descubierto hiere el sol la sierra,
Y por esta razon van mas crecientes
En el verano abajo las vertientes.

De los vientos el Austro es el que manda
Que deshace los húmidos nublados,
Y por todo aquel mar discurre y anda,
Del cual son para siempre desterrados:
Los otros vientos reinan á la banda
De Atacama, y allí son libertados,
Que bajar al Perú ninguno puede,
Ni por natural órden se concede.

Pues las naves del Austro combatidas
Las espumosas olas van cortando,
Que de valientes soplos impelidas
Rompen la furia en ellas, azotando
Las levantadas proas, guarnecidas
De planchas de metal; pero mirando
Al español del bárbaro vecino,
Habré de andar mas presto este camino

Correré á Villagran, el cual por tierra
Tambien en su jornada se apresura,
Atravesando la fragosa sierra
Que iguala con las nubes su estatura:
Diré lo que sucede en esta guerra,
Y qué rostro le muestra la ventura;
Mas porque todo venga á ser mas claro

Quiero tratar un poco de Lautaro,
Que estaba con su escuadra de guerreros
En el sitio que dije recogido,
Y de foso, fagina y de maderos
Le habia en breve sazon fortalecido:
Tenia dentro soldados forasteros
Que á fama de la guerra habian venido,
Reparos, bastimentos y otras cosas
Para el lugar y tiempo provechosas.

Sola una senda este lugar tenia
De alertas centinelas ocupada;
Otra ni rastro alguno no le habia,
Por ser casi la tierra despoblada.
Aquella noche el bárbaro dormia
Con la bella Guacolda enamorada,
Á quien él de encendido amor amaba,
Y ella por él no menos se abrasaba.

Estaba el araucano despojado
Del vestido de Marte embarazoso,
Que aquella noche sola el duro hado
Le dió aparejo y gana de reposo;
Los ojos le cerró un sueño pesado,
Del cual luego despierta congojoso,
Y la bella Guacolda sin aliento
La causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde: «Amiga mia,
Sabrás que yo soñaba en este instante
Que un soberbio español se me ponía
Con muestra ferocísima delante;
Y con violenta mano me oprimía
La fuerza y corazon, sin ser bastante
De poderme valer, y en aquel punto
Me despertó la rabia y pena junto.»

Ella en esto soltó la voz turbada,
Diciendo: «¡Ay! que he soñado tambien cuánto
De mi dicha temí, y es ya llegada
La fin tuya y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada,
Ni fortuna conmigo podrá tanto,
Que no corte y ataje con la muerte
El áspero camino de mi suerte.

«Trabaje por mostrármese terrible
Y del tálamo alegre derribarme,

Que si revuelve y hace lo posible,
De tí no es poderosa de apartarme ;
Aunque el golpe que espero es insufrible,
Podré con otro luego remediarme :
Que no caerá tu cuerpo en tierra frio
Cuando estará en el suelo muerto el mio.»

El hijo de Pillan con lazo estrecho
Los brazos por el cuello le ceñia ;
De lágrimas bañando el blanco pecho
En nuevo amor ardiendo, respondia :
«No lo tengais, señora, por tan hecho ,
Ni turbeis con agüeros mi alegría ,
Y aquel gozoso estado en que me veo
Pues libre en estos brazos os poseo.

«Siento el veros así imaginativa ,
No porque yo me juzgue peligroso ;
Mas la llaga de amor está tan viva ,
Que estoy de lo imposible receloso.
Si vos quereis, señora, que yo viva ,
¿Quién á darme la muerte es poderoso ?
Mi vida está sujeta á vuestras manos ,
Y no á todo el poder de los humanos.

«¿Quién el pueblo araucano ha restaurado
En su reputacion que se perdía ,
Pues el soberbio cuello no domado
Ya doméstico al yugo sometía ?
Yo soy quien de los hombros le ha quitado
El español dominio y tiranía ;
Mi nombre basta solo en esta tierra ,
Sin levantar espada , á hacer la guerra.

«Cuanto mas que teniéndoos á mi lado
No tengo que temer, ni daño espero ;
No os dé un sueño, señora, tal cuidado ,
Pues no os lo puede dar lo verdadero :
Que ya á poner estoy acostumbrado
Mi fortuna á mayor despeñadero ;
En mas peligros que este me he metido ,
Y dellos con honor siempre he salido.»

Ella menos segura y mas llorosa
Del cuello de Lautaro se colgaba ,
Y con piadosos ojos lastimosa
Boca con boca así le conjuraba :
«Si aquella voluntad pura amorosa

Que libre os di cuando mas libre estaba ,
Y dello el alto cielo es buen testigo ,
Algo puede, señor y dulce amigo :

«Por ella os juro , y por aquel tormento
Que sentí cuando vos de mí os partistes ,
Y por la fe , si no la llevó el viento ,
Que allí con tantas lágrimas me distes ,
Que á lo menos me deis este contento ,
Si alguna vez de mí ya lo tuvistes ,
Y es, que os vistais las armas prestamente
Y al muro asista en órden vuestra gente.»

El bárbaro responde : «Harto claro
Mi poca estimacion por vos se muestra :
¿En tan flaca opinion está Lautaro ,
Y en tan poco teneis la fuerte diestra
Que por la redencion del pueblo caro
Ha dado ya de sí bastante muestra ?
Buen crédito con vos tengo por cierto ,
Pues me llorais de miedo ya por muerto.»

«¡Ay de mí! que de vos yo satisfecha ,
Dice Guacolda , estoy, mas no segura :
Ser vuestro brazo fuerte ¿qué aprovecha ,
Si es mas fuerte y mayor mi desventura ?
Mas ya que salga cierta mi sospecha ,
El mismo amor que os tengo , me asegura
Que la espada que hará el apartamiento ,
Hará que vaya en vuestro seguimiento.

«Pues ya el preciso hado y dura suerte
Me amenazan con áspera caída ,
Y forzoso he de ver un mal tan fuerte ,
Un mal como es de vos verme partida ,
Dejadme llorar antes de mi muerte
Esto poco que queda de mi vida ,
Que quien no siente el mal , es argumento
Que tuvo con el bien poco contento.»

Tras esto tantas lágrimas vertía
Que mueve á compasion el contemplalla ,
Y así el tierno Lautaro no podía
Dejar en tal sazón de acompañalla :
Pero ya la turbada pluma mia
Que en las cosas de amor nueva se halla ,
Confusa, tarda y con temor se mueve ,
Y á pasar adelante no se atreve.

CANTO XIV.

Llega Francisco de Villagran de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido ; dá al amanecer súbito en ellos , y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.

¿Cuál será aquella lengua desmandada
Que á ofender las mujeres ya se atreva ,
Pues vemos que es pasión averiguada
La que á bajeza tal y error las lleva ;
Si una bárbara moza no obligada
Hace de puro amor tan alta prueba ,
Con razones y lágrimas salidas
De las vivas entrañas encendidas ?
Que ni la confianza ni el seguro
De su amigo le daba algún consuelo ,
Ni el fuerte sitio ni el fosado muro
Le basta asegurar de su recelo ;
Que el gran temor nacido de amor puro
Todo lo allana y pone por el suelo ;
Solo halla el reparo de su suerte
En el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones
Conformes en amor desconformaban ,
Y dando dello allí demostraciones
Mas el dulce veneno alimentaban.
Los soldados en torno los tizones ,
Ya de hablar cansados reposaban ,
Teniendo centinelas , como digo ,
Y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagran con silencio y paso presto
Había el áspero monte atravesado
No sin grave trabajo , que sin esto
Hacer mucha labor es excusado :

Llegado junto al fuerte , en un buen puesto ,
Viendo que el cielo estaba aun estrellado
Paró , esperando el claro y nuevo día
Que ya por el oriente descubría.

De ninguno fué visto ni sentido :
La causa era la noche ser oscura
Y haber las centinelas desmentido ,
Por parte descuidada por segura ;
Caballo no relincha ni hay ruido ,
Que está ya de su parte la ventura :
Esta hace las bestias avisadas ,
Y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire oscuro
Con la esperada luz se adelgazaban ,
Las centinelas puestas por el muro
Al nuevo día de lejos saludaban ;
Y pensando tener campo seguro
También á descansar se retiraban ,
Quedando mudo el fuerte , y los soldados
En vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
Que la oscura tiniebla , no pudiendo
Sufrir la clara vista de la aurora ,
Se va en el Occidente retrayendo :
Cuando la mustia elicie se mejora
El rostro al rojo Oriente revolviendo ,
Mirando tras las sombras ir la estrella ,
Y al rubio Apolo délfico tras ella.

El español que ve tiempo oportuno
Se acerca poco á poco mas al fuerte ,
Sin estorbo de bárbaro ninguno ,
Que sordos los tenía su triste suerte :
Bien descuidado duerme cada uno
De la cercana inexorable muerte :
Cierta señal que cerca della estamos ,
Cuando mas apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros mas , pues viendo
Ser ya tiempo de darles el asalto ,
De súbito levantan un estruendo
Con soberbio alarido , horrendo y alto ;
Y en tropel ordenado arremetiendo
Al fuerte van á dar de sobresalto ,
Al fuerte mas de sueño bastecido

Que al presente peligro apercibido.

Como los malhechores que en su oficio
Jamás pueden hallar parte segura,
Por ser la condicion propia del vicio
Temer cualquier fortuna y desventura;
Que no sienten tan presto algun bullicio
Cuando el castigo y mal se les figura,
Y corren á las armas y defensa,
Segun que cada cual valerse piensa:

Así medio dormidos y despiertos
Saltan los araucanos alterados,
Y del peligro y sobresalto ciertos
Baten toldos y ranchos levantados;
Por verse de corazas descubiertos,
No dejan de mostrar pechos airados,
Mas con presteza y ánimo seguro
Acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño
Y cobrando la furia acostumbrada,
Quién el arco arrebató, quién un leño,
Quién del fuego un tizon, y quién la espada;
Quién aguija al baston de ajeno dueño,
Quién por salir mas presto va sin nada,
Pensando averlguarlo desarmados,
Si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazón, segun se entiende,
Con la gentil Guacolda razonaba,
Asegúrala, esfuerza y reprehende
De la desconfianza que mostraba:
Ella razón no admite y mas se ofende,
Que aquello mayor pena le causaba;
Rompiendo el tierno punto en sus amores
El duro són de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza
El misero avarientó enriquecido,
Que siempre está pensando en su riqueza,
Si siente de ladron algun ruido;
Ni madre así acudió con tal presteza
Al grito de su hijo muy querido,
Temiéndole de alguna bestia fiera:
Como Lautaro al són y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instant
Con un desnudo estoque, y él desnudo

Corre á la puerta el bárbaro arrogante,
Que armarse así tan súbito no pudo:
¡Oh pérfida fortuna, oh inconstante,
Cómo llevas tu fin por punto crudo,
Que el bien de tantos años en un punto
De un golpe le arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos
Por un lado la fuerza acometieron,
Que en ayuda y favor de los cristianos
Con sus pintados arcos acudieron,
Que con extrema fuerza y prestas manos
Gran número de tiros despidieron.
Del toldo el hijo de Pillan salía,
Y una flecha á buscarle que venía.

Por el siniestro lado, ¡oh dura suerte!
Rompe la cruda punta, y tan derecho,
Que pasa el corazón mas bravo y fuerte
Que jamás se encerró en humano pecho:
De tal tiro quedó ufana la muerte
Viendo de un solo golpe tan gran hecho,
Y usurpando la gloria al homicida
Se atribuye á la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo
Que el bárbaro tendió sobre la arena,
Abriendo puerta á un abundante flujo
De negra sangre por copiosa vena;
Del rostro la color se le retrujo,
Los ojos tuerce, y con rabiosa pena
La alma del mortal cuerpo desatada
Bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y haliarte,
Que nadie los impide ni embaraza,
Y así por veinte lados la mas parte
Pisaba de la fuerza ya la plaza;
Los bárbaros con ánimo y sin arte,
Sin celada, ni escudo y sin coraza,
Comienzan la batalla peligrosa,
Cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los indios extranjeros
Que con Lautaro estaban recogidos
El súbito rumor, salen ligeros,
Del miedo y sobresalto apercibidos;
Mas sintiendo los golpes carniceros,

El ánimo turbado y los sentidos ,
Las atentas orejas acechaban
Adonde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos que el ruido
Sienten del cazador , y atentamente
Altos los cuellos tienden el oído
Hacia la parte que el rumor se siente
Y el balar de la gama conocido ,
Que apedazan los perros y la gente ,
Con furioso tropel toman la vía
Que mas de aquel peligro se desvía :

La baja y vil canalla acostumbrada
A rendirse al temor de aquella suerte,
Por ciega senda, inculta y desusada
Rompe el camino y desampara el fuerte ,
Acá y allá corriendo derramada ;
Y era tan grande el miedo de la muerte ,
Que al mas valiente y bravo se le antoja
Ver un fiero español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo
Hacerlos con peligros de su bando ,
Poniendo osado pecho por escudo
Están la antigua riña averiguando :
La desnuda cabeza del agudo
Cuchillo no se ve estar rehusando ,
Ni rehusa la espada la siniestra
Ejercitando el uso de la diestra.

Que el joven Corpillan, no desmayado ,
Porque su espada y mano vino á tierra ,
Antes en ira súbita abrasado
Contra la parte del contrario cierra ;
Y habiendo ya la espada recobrado ,
La diestra , que aun bullendo el puño afierra ,
Léjos con gran desden y furia lanza ,
Ofreciendo la izquierda á la venganza.

Flaqueza en Millapol no fué sentida
Viéndose atravesado por la ijada ,
Y la cabeza de un revés hendida ,
Ni por pasalle el pecho una lanzada :
Que de espumosa sangre á la salida
Vino la media lanza acompañada ,
Dejando aquel lugar della vacío ,
Aunque lleno de rabia y nuevo brio.

Que á dos manos la maza aprieta fuerte ,
Y con furia mayor la gobernaba ;
Bien se puede llamar de triste suerte
Aquel que el fiero bárbaro alcanzaba :
Con la rabia postrera de la muerte
Una vez el ferrado leño alzaba ;
Mas faltóle la vida en aquel punto ,
Cayendo cuerpo y maza todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino
Le quebrantó el furor con que venia ,
Un valiente español á tierra vino
Del peso y movimiento que traía ;
Mas luego puesto en pié con desatino
Hacia el lugar del dañador volvía ,
Y viendo el cuerpo muerto dar en tierra ,
Pensando que era vivo con él cierra.

Y encima del cadáver arrojado ,
De dar la muerte al muerto deseoso ,
Recio por uno y por el otro lado
Hiere y ofende el cuerpo sanguinoso ,
Hasta tanto que ya desalentado
Se firma recatado y sospechoso ,
Y vió á aquel que aferrado así tenia
Vuelos los ojos y la cara fría.

Traía la espada en esto Diego Cano
Tinta de sangre, y con Pícol se junta ;
Haciendo atrás la rigurosa mano
El pecho le barrena de una punta :
Turbado de la muerte el araucano
Cayó en tierra la cara ya difunta ,
Bascoso revolviéndose en el lodo
Hasta que la alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado
Dió con el suelto Talco en tierra muerto ;
Pero fué mal herido por un lado
Del gallardo Guacoldo en descubierto ;
Estuvo el español algo atronado ;
Mas del atronamiento ya dispierto ,
Corriendo al fuerte bárbaro derecho
La espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagran con la sangrienta
Espada por los bárbaros rompiendo
Mata, hiere, tropella y atormenta ,

A tiempo á todas partes revolviendo :
 Un golpe á Nico en la cabeza asienta ,
 El cual los turbios ojos revolviendo
 A tierra vino muerto , y de otro á Polo
 Le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero ,
 Topando la desnuda carne blanda
 Ayudadas de un impetu ligero ,
 Dan con piernas y brazos á la banda :
 No rehusa el segundo ser primero ,
 Antes todos siguiendo una demanda ,
 Como olas que creciendo van , crecian ,
 Y á la muerte animosos se ofrecian.

La gente una con otra así se cierra
 Que aun no daban lugar á las espadas ;
 Apenas los mortales van á tierra
 Cuando estaban sus plazas ocupadas :
 Unos por cima de otros se dan guerra ,
 Enhiestas las personas y empinadas ,
 Y de modo á las veces se apretaban
 Que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,
 Que los mas de los golpes son mortales ,
 Y los que no lo son así se imprimen
 Que dejan para siempre las señales :
 Todos al descargar los brazos gimen ;
 Mas salen los efetos desiguales ,
 Que los unos topaban duro acero ,
 Los otros el desnudo y blandó cuero.

Como parten la carne en los tajones
 Con los corvos cuchillos carniceros ,
 Y cual de fuerte hierro los planchones
 Baten en dura yunque los herreros ;
 Así en la diferencia de los sones
 Que forman con sus golpes los guerreros ,
 Quién la carne y los huesos quebrantando ,
 Quién templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagran firme en la silla
 Contra Guarcondo á toda furia parte ,
 Y la lanza le echó por la tetilla
 Con una braza de asta á la otra parte :
 El bárbaro, la cara ya amarilla ,
 Se arrima desmayado al baluarte ,

Dando en el suelo súbita caída
 El alma vomitó por la herida.

Pero Rengo su hermano , que en el suelo
 El cuerpo vió caer descolorido ,
 Cuajósele la sangre , y hecho un hielo
 Del súbito dolor perdió el sentido ;
 Mas vuelto en sí , se vuelve contra el cielo
 Blasfemando el soberbio y descreido ;
 Y el ñudoso baston alzando en alto ,
 A Juan de Villagran llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta
 Hirió al caballo en medio de la frente ;
 Empínase el caballo , el cuello enhiesta ,
 Al freno y á la espuela inobediente ;
 Y entre los brazos la cabeza puesta
 Sacude el lomo y piernas impaciente ;
 Rendido Villagran al duro hado
 Desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apenas en el suelo habia caído,
 Cuando la presta maza descendia
 Con una extraña fuerza y un ruido
 Que rayo ó terremoto parecia :
 Del golpe el español quedó adormido,
 Y el bárbaro con otro revolvia,
 Bajando á la cabeza de manera
 Que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho
 Del caso desastrado del hermano,
 Antes con nueva rabia y mas despecho
 Hierde de tal manera á Diego Cano,
 Que la barba inclinada sobre el pecho,
 Se le cayó la rienda de la mano,
 Y sin ningun sentido casi frio
 El caballo lo lleva á su albedrfo.

En medio de la turba embravecido
 Esgrime en torno la ferrada maza :
 Á cuál deja contrecho, á cuál tullido,
 Cuál el pescuezo del caballo abraza ;
 Quién se tiende en las ancas aturdido,
 Quién forzado el arzon desembaraza :
 Que todo á su pujanza y furia insana
 Se le bate, derriba y se le allana.

Por partes mas de diez le iba manando

La sangre, de la cual cubierto andaba ;
 Pero no desfallece, antes bramando
 Con mas fuerza y rigor los golpes daba :
 Ligeramente corre acá y allá saltando ;
 Arnés y celadas abollaba ;
 Hunde las altas crestas, rompe sesos,
 Muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo
 De espadas, lanzas, grita y vocería,
 Al cual confusamente no sabiendo
 La causa mucha gente allí acudia :
 Y era un gallardo mozo, que esgrimiendo
 Un fornido cuchillo discurría
 Por medio de las bárbaras espadas,
 Haciendo en armas cosas extremadas.

Venia el valiente mozo belicoso
 De una furia diabólica movido,
 El rostro fiero, sucio y polvoroso,
 Lleno de sangre y de sudor teñido :
 Como el potente Marte sanguinoso,
 Cuando de furor bélico encendido
 Bate el ferrado escudo de Vulcano,
 Blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestísimo gobierno
 El pesado cuchillo rodeaba,
 Y á Cron, como si fuera junco tierno,
 En dos partes de un golpe lo tajaba ;
 Tras este al diestro Pon envía al infierno,
 Y tras de Pon á Lauco despachaba ;
 No hallando defensa en armadura,
 Descuartiza, desmiembra y desfigura.

Llamábase este Andrea, que en grandeza
 Y proporcion de cuerpo era gigante,
 De estirpe humilde, y su naturaleza
 Era arriba de Génova al Levante :
 Pues con aquella fuerza y ligereza
 A los robustos miembros semejante,
 El gran cuchillo esgrime de tal suerte
 Que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura
 Le divide en dos trozos en la arena,
 Y de otro al desdichado Quilacura
 Limpio el derecho muslo le cercena :

Pues de golpes así desta hechura
 La gran plaza de muertos deja llena ;
 Que su espada á ninguno allí perdona,
 Y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebatada
 La cabeza de un tajo, y luego tiende
 La espada hácia Maulen, señor de Itata,
 Y de alto á bajo de un revés le hiende :
 Lanzas, hachas y mazas desbarata,
 Que todo el pueblo bárbaro le ofende,
 Llevando muchos tiros enclavados
 En los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida
 Cuando le van monteros dando caza,
 Que con rabia, sintiéndose herida,
 Los ñudosos venablos despedaza,
 Y furiosa, impaciente, embravecida,
 La senda y callejon desembaraza,
 Que los heridos perros lastimados
 Le dan ancho lugar escarmentados :

De la misma manera el fiero Andrea
 Cercado de los bárbaros venía ;
 Pero de tal manera se rodea
 Que gran camino con la espada abría ;
 Crece el hervor, la grita y la pelea
 Tanto que la mas gente allí acudia :
 Hé aquí á Rengo también ensangrentado
 Que llega á la sazón por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados
 De gozques importunos, que en llegando
 A verse con los cerros erizados
 Se van el uno al otro regañando :
 Así los dos guerreros señalados,
 Las inhumanas armas levantando,
 Se vienen á herir ; pero el combate
 Quiero que al otro canto se dilate.